

PERO LA CIENCIA, ESA PALABRA

JOSÉ EMILIO SALCEDA RUANOVA

Moralista Horacio, orgulloso y cinico. ¿Supiste, antes de decidir tu viaje, que engañamos a Dios? ¿Que si renunciamos a Babel fue sólo porque ahora podemos hacer mapas del genoma? ¿Que la Nueva Arca de la Alianza la pactamos con transnacionales? ¿Que, en caso necesario, Noé podría llenar su nave con animales fabricados en nuestros laboratorios? ¿Te enteraste, Horacio? ¿Nadie te lo dijo? Sábelo, entonces: conocemos la estructura del protón; descubrimos las intimidades de la cromatina; disecamos células; manipulamos moléculas; nos adueñamos del tiempo con relojes de cesio que pierden no más de un segundo cada millón de años; tenemos ojos poderosos y agudos oídos puestos en el firmamento; hurgamos en las galaxias; hacemos preguntas a los pulsares; escuchamos a diario el munnullo de la creación, esperando la oportunidad de modificarlo a nuestra conveniencia. Todo esto, Horacio, mientras tú decías cosas como yo diría, *para empezar, que esta realidad tecnológica que aceptan hoy los hombres de ciencia y los lectores de France-Soir, este mundo de cortisona, rayos gamma y elución del plutonio, tiene tan poco que ver con la realidad como el mundo del Roman de la Rose*. Necio Horacio. ¿A quién le importa esa palabrería? ¿Te informaron que nos acercamos a la era de las supercomputadoras? ¿Alguien te dijo, por piedad, que la realidad virtual nada tiene de metafísica? Sin duda lo ignoras, como ignoras la existencia de los aceleradores de partículas y los trasplantes genéticos. Y está bien así, que no lo sepas, para que no lo llesves todo al campo de la filosofía, para que no lo untes con tu Wittgenstein y tu Klages, para que no nos contamines con tus frases: *lo que un hombre sabe es el saber de un hombre, pero del hombre mismo ya no se sabe todo lo que se debería saber para que su noción de la realidad fuera aceptable*. Words, words, words, *Hamlet*, acto segundo, creo. Palabras: ríos de hormigas feroces que se comerán al mundo, *Rayuela*, capítulo noventa y tres, creo.

Pobre Horacio, quédate donde estás, fúmate un cigarrillo o cébate un mate; pon en el tocadiscos tu tema favorito de los Waring's Pennsylvanians, o el *Singin' the blues*, de Bix Beiderbecke y déjate ir tras las volutas de humo. O si lo prefieres, sal a las calles de París,



camínalas hasta ampollarte; acude al café de la rue du Cherche-Midi, donde viste a la Maga por primera vez; corre al Parc Montsouris, donde tú y la Maga –¿quién más?– sacrificaron aquel paraguas viejo. O mejor aún: piérdete en el Sena acompañado por una *clocharde*. Pero no hables, Horacio Oliveira, no vuelvas a hablar, porque tendría que recordarte que cuando el Club de la Serpiente, contigo a la cabeza, se extraviaba en los laberintos retóricos, nosotros generábamos conocimiento, es decir, poder; cuando ustedes discutían códigos de conducta, nosotros proclamábamos un nuevo y único mandamiento: no ocultarás información a tu prójimo, excepto que con ello dejes de ganar dinero; mientras ustedes teorizaban acerca de la civilización, nosotros, como una Penélope multitudinaria, la destejíamos y la volvíamos a tejer a nuestro gusto y con nudos que sólo unos cuantos conocemos; si hablaban de cultura, nosotros la esclavizábamos a la tecnología para que a ti, y a los que son iguales a ti, no les quedara más que la oquedad de las palabras, esas *proxenetas relucientes*. Calla, pues. No vuelvas a comparar nuestra admiración frente a un microscopio electrónico con el asombro de las porteras por los milagros de Lourdes; no insistas en señalar *la barbarie de la ciencia* para después, condescendiente, aceptar que es *una reacción muy comprensible*; en verdad te digo que nadie cambiaría su horno de microondas por una colección de tus moralejas.

Inocente Horacio, atrevido y tonto. Sigue poniendo palanganas acuosas en nuestro camino; líta tus piolines, dispón tus rulemanes. Estás solo, che. Y todo será inútil. Porque la ciencia es la Ciencia, como la Palabra, por más que tú no quieras, es la palabra. Lo demás, pibe, es silencio.

